



CAPÍTULO XIX

Parrodi en Tunas Blancas y el país en calzas prietas

No sé qué vió en mí don Juan Ruiz de Esparza y por qué me tomó aquel género de afecto tan desinteresado y espontáneo. Mis amigos me aconsejaban cuidado, porque bien podría ser que se ocultara tras la máscara de volcánico y repentino cariño, el propósito de convencerse de mis intenciones; pero no había tal: si don Juan había ejercido de Orosmán ó de Otelo en tiempo del rey Ahuizotl, por las calendas que voy historiando, ó se había cansado de su papel, ó estaba convencido de la ineficacia de ejercerlo, ó no se imaginaba que tras el pobre oficialito brotado no se sabía de dónde y aparecido en su casa no se sabía cómo, pudiera existir el alma perturbadora de un don Juan.

No podía el buen hombre toparme en la calle sin abrazarme y llevarme á remolque á su casa.

— Amigo La Llana, ¡qué caro se vende! Parece que no sabe que por casa se le quiere bien.

— ¡Oh, señor don Juan! ¡si usted conociera cuán lleno de ocupaciones he estado!...

— No me cuente usted, hombre; ¡si sabré lo que es ser ayudante, yo que lo fuí seis meses completos del gran don Guadalupe Victoria!... De que el jefe empezaba á contar-nos lo que había pasado en la cueva en que vivió oculto, y á referirnos punto por punto sus propósitos de casarse con una princesa de Guatemala, á fin de obtener una casta ó dinastía de presidentes que no tuviera mezcla extranjera... Mire usted, nada menos aquí van Prieto y Arriaga, y con ellos podemos tomar lenguas de lo que pasa, que es muy grave, muy grave...

— Usted siempre viendo visiones, don Juan; no hay tal cosa, nada vale la pena.

— Ya verá usted, ya verá usted. ¡Eh, Guillermo... Guillermo... Ponciano!...

Ocurrieron los llamados sombrero en mano y saludaron respetuosamente á don Juan, dándome á mí las respectivas diestras con cordialidad suma.

— ¿Qué pasa, hombre, qué pasa?... Hablo con los ayudantes del presidente, y ó están en babia ó se *hacen de papeles* por no referirme la verdad... A ver si el adminis-

trador de correos es más explícito, porque de otro modo es cosa de ir con el propio don Ezequiel Montes á pedirle noticias...

— Buenas y gordas, don Juan.

— No me lo diga usted, hombre... ¿Y qué es ello?

— Derrotados completamente Osollos y Mejía.

— Pero ¿se sabe de cierto?

— De cierto se sabe; he visto el telegrama que trajo hasta Querétaro un *propio* de Parrodi.

— Pues vamos á casa á participárselo á Anarda, que de fijo ha de estar ahorcándose con un cabello. Y la verdad es que no le falta razón... Figúrese usted, los dos muchachos en ejércitos opuestos, como quien nada dice.

Llegamos á presencia de mi adorado tormento, que nos recibió con ansiedad.

— Ustedes se traen algo, ¿verdad? Pues díganmelo, que me tienen en ascuas.

— Como usted es una persona neutral, que no tiene inclinación decidida por ninguno de los dos bandos — porque la tiene por los dos, — va á saber lo que acontece: Osollos ha sido derrotado y ha perdido un brazo en la acción...

— ¿Y mi hijo? ¿Y Pedro?

— Está preso, pero sin novedad; más de mil hombres murieron por ambas partes, entre ellos como sesenta oficiales; pero Pedro salió ileso.

— ¡Gracias á Dios, Guillermo! ¡cuánto bien le debo por esta noticia!

— ¡Oh, Anarda! pero no será la última en que el muchacho se vea. Estos conservadores ni aprenden ni olvidan. El *Directorio Central* nos va á dar guerra, mucha guerra, y ¡quién sabe cuándo consigamos vencerlo!

— Ó cuando los vencerá á ustedes, interrumpió Esparza.

— Vencernos, no, ¡vive Dios! Somos el verbo de la humanidad, la tendencia á lo nuevo, el paso hacia adelante, y no podemos ser vencidos. Acabarán con nuestras personas, nos aherrojarán en las prisiones, nos callarán en la prensa; pero la idea quedará, quedará siempre á despecho de todo el mundo.

— ¡Y qué! ¿es verdad que exista el tal *Directorio conservador central de la República*?

— Papelito *jabla*. Se le ocuparon á Calvo cartas por donde aparece que llevaba correspondencia con muchas personas disfrazadas con pseudónimos. El padre Miranda se llamaba *El poblano*; Osollos, *P. P. Rayas*; Miramón, *Policarpo Ortiz*; Aguilar y Marocho, *Don Esteban*; Bonilla, *Epipheides Alzuma*.

— Como árcade romano.

— Además, se había extendido despacho de general de brigada á Calvo, «por los importantes servicios que ha prestado á la causa nacional, en protección de los principios religiosos que profesan los mexicanos y del derecho

de propiedad que el clero tiene en sus bienes; así como de los fueros militar y eclesiástico, concedidos á esas clases por sagradas y antiquísimas leyes.»

— Bien hablado; ¿y quién firma ese papel?

— No tiene firmas, sino tres rúbricas muy historiadas, y arriba de todas ellas la señal de la cruz.

— ¿Y se saben detalles de la acción?

— Muy sencillo. Mejía y Osollos, queriendo evitar diferencias, cedieron el mando á Sánchez. Después de lo de Tunas Blancas, Parrodi les metió en la entrada de un puerto de tierra, donde estaban más encerrados que en



D. LUIS OSOLLOS

una plaza... Para coger agua, tenían que destacar cuerpos de ochocientos y mil hombres; para escaparse, habrían necesitado sacrificar mucha gente... El seis se movieron con dirección á Querétaro; pero Parrodi observó el movimiento, y el siete les presentó batalla, dejándoles derrotados de la manera más absoluta.

— ¿Y el pobre Luis?

— Osollos huyó; pero herido como estaba, no se atrevió ó no pudo físicamente seguir oculto; se presentó á la gente de Parrodi y cuentan que al avistarse con el jefe, le dijo: «Me queda un brazo, General; pero puede usted estar seguro de que no me servirá para desenvainar la espada por hombres como éstos.»

— Tiemblo de que tenga el fin del desgraciado Orihuela, dijo Anarda.

— No lo crea, señora, exclamó Prieto; no es Comonfort, hombre lírico, lleno de romanticismo, con ciertos dejos de poeta y de sentimental, quien ha de mandar que le toquen el pelo de la ropa á un caudillo popular, caballeresco, querido y en realidad de mérito. Lo de Orihuela fué una atrocidad de Pueblita... que debía repetirse, aunque fuese semanariamente, si hay interés en pacificar el país.

— ¡Qué hígados tienen los progresistas! ¿No, hija?

— ¡Terribles! Con razón las turbas han pedido la cabeza de Guillermo... para peinarla.

— ¿Y se rescató algo de los doscientos cuarenta mil pesos que cogieron los pronunciados del Consulado inglés?

— No, ni se encontrará nada... Como dice Aguilar y Marocho; coger ese dinero fué muestra de inmensa sabiduría, pues lo aprovecharon los pronunciados, aumentaron los apuros del Gobierno, que tendrá que pagarlo,

é hicieron caer un inmenso descrédito sobre el mismo Gobierno.

— Pues vamos á tener que lucirnos con los extranjeros. Ese asunto de San Vicente...

— Es lo más horrible, dijo Prieto. Claro que Comonfort nada ha tenido que ver; pero se dice... — Y acercó la boca al oído de Ruiz Esparza.

— ¡Qué barbaridad! exclamó el otro como si le hubiera picado un animal ponzoñoso... Ello es que sí, siempre le ha dado al pobre viejo por el aborrecimiento á lo gachupín...

— No sé; pero si no lo ordenó, lo consintió; el caso es que desde que sus tropas se retiraron de los alrededores de Cuernavaca, aquello está en paz.

— Creo, insinué, que se trataba de simples ladrones.

— No tan simples, objetó Guillermo. Eran treinta hombres montados, que fueron derechos al *purgar* y sorprendieron á los dependientes mexicanos, amarrándolos á todos. Seis españoles y un maquinista francés se dirigieron al trapiche y se escondieron en el cárcamo, tapándose con panes de azúcar y abrigos. Pronto fueron descubiertos, dicen que por delación del portero, y muertos dos de ellos á balazos y machetazos... Los demás estaban dentro de los *purgares* y en el cárcamo; sabiéndolo los bandidos, abrieron la llave del estanque y soltaron el agua dentro del cajón del cárcamo. Los infelices estaban con el agua al

cuello; pero habrían permanecido allí si no los hubieran obligado á salir disparando balazos dentro de aquel recinto...

Nicolás Bermejillo se arrodilló, rogando que no les mataran y ofreciendo dar treinta ó cuarenta mil pesos por su rescate... Los bandoleros, y esto es lo grave, nada quisieron admitir; dijeron que no iban á robar ni querían dinero ninguno, sino que habían recibido orden *de su General* para acabar con todos los gachupines... El francés vió el cielo abierto, y tan pronto como dijo que no era español, le soltaron... Pero los otros seis no corrieron la misma suerte; desde sus caballos comenzaron á dispararles tiros los asaltantes, hasta dejarlos mal heridos...

Casi moribundo, don José M. Laburn se cogió de las riendas del caballo que montaba el que hacía de jefe, y le dijo que era vasco francés y no español; no debe de haber sido lerdo el otro, porque pidió los papeles de identidad; no los traía Laburn consigo, pero considerando el capitanejo que con las heridas que había recibido el pobre, ya estaba suficientemente castigado por lo poco ó mucho que tuviera de español, le dejaron libre... A los cadáveres los golpearon, les dispararon nuevos balazos, los traspasaron á punta de machete y los mutilaron horriblemente: se retiraron sin tomar un grano de maíz, ni un terrón de azúcar, ni un peso.

— ¿Y qué dice Sorela?

— ¿El ministro español? Se le puso entre ceja y ceja que el delito debía de quedar esclarecido y los responsables castigados en el término de quince días; y como no pudieran darle gusto, se ha marchado bufando y echando chispas.

— ¡Dios nos tenga de su mano y mejore nuestras horas! Entre tanto que esto se digna hacer su Divina Majestad, vámonos á tomar chocolate, que tripas llevan pies, dijo Anarda.

— Yo no, señora, porque tengo que despachar la correspondencia, indicó Prieto.

— Al fin, de ningún modo han de llegar las cartas á su destino; es preferible que usted se alimente un poco.

— Vamos, pues, señora; tomaré la decocción de

la almendra

Que en la espumante jícara rebosa,

como diría don Joaquín Pesado citando á su amigo Bello.

